

petuo? Y cuando decimos que hemos llevado la luz, la ciencia y el progreso á una región salvaje, ¿no podríamos añadir que llevamos la inquietud, el desasosiego y las penas del alma? ¿Se suicidaban los aztecas, los pieles rojas, los australianos, antes de la llegada del europeo? ¿Sufrían por falta de dinero ó por hambre de goces? El pueblo de la Edad Media, al celebrar la *Fiesta del Asno*, ¿se trocaría por nuestros modernos obreros de fábrica, con su media cultura y su completa avidez de las dichas reservadas al rico y sólo al rico, para ellos eternamente inaccesibles?

* * *

La ráfaga de pesimismo que me azota no es sino que me aburren las máquinas. Voy á figurarme que al lector le pasa dos cuartos de lo mismo, y á sacarle pronto de este infernal palacio de la electricidad y el vapor, Proserpina y Plutón del báratro moderno.

Para estremecernos de angustia, consideremos la instalación de la sociedad minera del Loira. Allí veremos una reducción del célebre pozo llamado *Torre Eiffel de las minas*, que no tiene más de 530 metros de profundidad. ¿Qué significa subir á la Torre de 300 metros, con aire libre y luz del sol, en comparación de lo que será el descenso á esa boca del abismo, negra y fría, tal vez mortal? He ahí lo que representa nuestra brillante civilización para el

minero: sepultarse todos los días á 530 metros bajo el nivel de la superficie terrestre.

Las prensas hidráulicas de Morane me recuerdan la palanca soñada por Arquímedes: con otras semejantes levantó Eiffel en peso la Torre entera y verdadera. El material de ferrocarriles duerme esperando que el vapor anime sus entrañas y le comunique movilidad é impulso. ¡El vapor! Está muy de capa caída, no puede negarse: la electricidad le eclipsa en esta Exposición, y acaso le destronará en la inmediata.—A poca distancia vemos fabricar botones, plumas, agujas, alfileres, sobres de cartas, cepillos, tapones, mondadientes. Un español dicharachero, andaluz por más señas, me llamó y enseñándome una máquina, me dijo: “¿Vé uzte, paizana? Ahí meten por una ezquina un cochinillo vivo, y salen por la contraria las salchichaz hechaz ya, y zi ze desea, frititaz con huevos.”

CARTA XVI

EL GIGANTE

Paris, Julio 21.

HE prometido hablar algo de la Torre Eiffel, siquiera por pudor de cronista; y ya le ha llegado su turno al *clou* de la Exposición, al colosal mástil de hierro enarbolado por Fran-

cia para izar su enseña y hacerla ondear ante las demás naciones, á una altura á que no ha flotado todavía bandera alguna, como no sea desde la barquilla de un globo aerostático.

Dice el Génesis (capítulo XI) que los hijos de los hijos de los hombres, llegados á tierra de Sennaar, hablaron entre sí de este modo: *Faciamus civitatem et turrim, cujus culmen peringat ad cælum*. Y descendió el Señor, y vió la ciudad y la Torre que edificaran los hijos de Adán, y dijo entre sí: "Bajaré y confundiré las lenguas de ellos, y ninguno comprenderá á su prójimo." Por lo cual, confundidas las lenguas, esparciéronse los hombres sobre la haz de la tierra y renunciaron á edificar la ciudad y á dar cima á la soberbia Torre..... *et idcirco vocatum est nomen ejus Babel, quia ibi confusum est labium universæ terræ*.

Este fragmento de la narración mosáica acude inevitablemente á la memoria cuando por primera vez y con dejos de filosofía histórica nos paramos á contemplar la obra de Eiffel. La elevación vertiginosa que toca al cielo—al menos al cielo visible, ya que debajo de ella se condensan las tempestades y se forja el rayó;—la eterna confusión de lenguas—ya que en cualquiera de sus plataformas se oyen todos los idiomas del mundo;—la inmensa ciudad tendida á sus pies..... todo evoca el misterioso relato genésíaco, todo, excepto la materia con que está construida la Torre, la cual no tiene *lateres pro saxis et bitumen pro cemento*, sino un costillaje de hierro, que á medida que asciende

á la región de las nubes, parece á los atónitos ojos del espectador red sutil de finos trazos, bermejas pinturas hechas con delicado pincel sobre el azul del firmamento.

*
*
*

Es evidente que el entendimiento del hombre y su don de discurrir con agudeza y lo atrevido de sus ideas son cosa muy antigua. Los naturalistas que nos hacen descender de un mono perfeccionado, se verían en calzas prietas si tuviesen que marcar el instante en que este mono estúpido se convirtió en habilísimo ingeniero; si les obligásemos á precisar con exactitud dónde está el primer eslabón de la cadena que empieza en el antropomorfo y acaba en Gustavo Eiffel, constructor de la Torre. En cambio, me parece facilísimo enlazar á Eiffel con los patriarcas de la llanura de Sennaar. Lo mismo que Eiffel, los ingenieros y arquitectos de la torre de Babel pensaron ante todo que para erigir el edificio más alto del mundo, se necesitaba emplear materiales distintos de los que se usan para las construcciones comunes y corrientes: materiales de menor peso en igualdad de volumen, y gran elasticidad y resistencia al empuje del viento. Por eso recurrieron al ladrillo y al betún, en vez de la piedra y la argamasa. Algunos ladrillos de la torre de Babel se han encontrado—al menos lo afirman los asiríólogos—y son una maravilla de perfección y ligereza. Si el arte de Tubalcain estuviese en-

tonces tan adelantado como hoy, no cabe duda que los ingenieros de Babel emplearían el hierro cogiéndole la delantera á Eiffel y á su precursor Trevithick..... porque Eiffel ha tenido precursores: ¡quién no los tiene!

*
**

Y el tenerlos no quita ni pone, en mi opinión, al mérito de Eiffel. En el terreno científico puede decirse que no hay problemas nuevos: los problemas son viejos todos; las soluciones, más ó menos recientes y afortunadas, lo cual depende también de circunstancias extrínsecas é independientes de la voluntad del matemático investigador. En 1832, el ingeniero inglés Trevithick se propuso erigir una torre de 1.000 pies, ó sean 304 metros y 80 centímetros de elevación. Pero en 1832, la metalurgia, la construcción metálica y el arte de montar las piezas de hierro no se encontraban tan adelantados como están en el día. Sucedióle á Trevithick—cuyo olvidado nombre es justo ensalzar un poco—lo que á los arquitectos de Babel: se anticipó á su época.

En 1872, al celebrarse la Exposición de Filadelfia, los *yankees* quisieron realizar el proyecto abandonado por los ingleses: tampoco este propósito cuajó. Sin embargo, desde 1848 se dedicaba *Jonatán* á construir el monumento más alto del mundo, ó sea el gran obelisco de Washington, que mide 169 metros y 25 centímetros. A pesar de la torre Eiffel, este obelisco sigue

siendo el mejor mozo de su familia, pues ningún edificio de mampostería le llega á la suela del zapato. Los franceses lo han tomado á broma y le faltan diariamente al respeto, burlándose de los norteamericanos, porque el obelisco de Washington es cuadrado, muy feo, semejante á una chimenea de fábrica, y ha costado más de siete millones de francos, y ha tardado treinta y siete años en concluirse. ¡Ah! con la Torre Eiffel están que no caben en su pellejo los franceses. Todos los demás monumentos les parecen ya enanos y raquíticos. Los 46 metros de la "Libertad iluminando al mundo", en la bahía de Nueva York, son las dimensiones de un juguete. Los 105 metros de la flecha de los Inválidos..... bicoca, lo mismo que los 100 de la torre de San Pablo de Londres, los 120 de la catedral de Amberes, los 130 de la de San Miguel en Hamburgo, los 146 de la Gran Pirámide y los 159 de la flecha de la Catedral de Colonia. Yo, si me atreviese á opinar, diría que ésta última, con ser poco más de la mitad de la Torre Eiffel, me parece infinitamente superior á ella: 159 metros de piedra, artísticamente labrada, animada por el soplo de la fe! El hierro, en mi entender, no conseguirá nunca la majestad y dignidad de la piedra, su imponente estabilidad, su reposo sublime.

*
**

Largamente se ha debatido esta cuestión: si había belleza propiamente dicha en una Torre

de hierro de 300 metros de altura. La objeción estética fue una de las muchas que se presentaron contra el proyecto—realmente grandioso, bien puede decirse á boca llena—del insigne ingeniero. Claro que no era la más grave de todas esta objeción: mayor importancia hubo que otorgar al problema de si cabía en lo posible ascender con facilidad á una altura de 300 metros; de si el viento columpiaría la Torre como si fuese un navío anclado, por lo cual la gente se marearía dentro de ella; de si tan gigantesca elevación causaría vértigo; de si una masa de hierro semejante produciría desviaciones en los instrumentos magnéticos.... porque estas y otras muchas dificultades semejantes recelaban los tímidos y los enemigos natos de toda innovación, mientras Eiffel sereno é imperturbable llevaba adelante su colosal empresa. Así y todo, la objeción estética debió de molestarle algo. En efecto: él podía saber á qué atenerse en lo tocante á condiciones de resistencia y seguridad material; pero en cuanto á si resultaría fea ó bonita la Torre.... como el gusto no se escribe y carece de ley, bien comprendo que recelase que pareciéndole á él muy linda, la encontrásen horrorosa las gentes, en lo cual no harían sino aceptar el dictamen de doctores competentísimos en asuntos de belleza, como Meissonnier, Gounod, Gerôme, Bonnat, Bouguereau, Sully Prudhomme, Robert Fleury, Victoriano Sardou, Guy de Maupassatn, Leconte de Lisle, Pailleron, etc., etc.: pintores, escritores, artistas célebres, que en Fe-

brero de 1887 publicaron una terrible protesta contra la Torre, afirmando que iba á ser la mengua de París, llamándola “chimenea de fábrica” y jurando que, con su enormidad brutal, el armatoste de Eiffel aplastaría todos los monumentos y todas las glorias francesas!

Protestaron, sí, con toda la indignación de su alma—así decían—en nombre del gusto francés, del arte y de la historia, contra “la erección de la inútil y monstruosa Torre Eiffel, que la malignidad pública, á veces saturada de buen sentido y de espíritu de justicia, ha bautizado ya con el nombre de Torre de Babel.... Ni la misma mercantil América la admitiría: para París es la deshonra.”

Lockroy, archiamostazado, resolvió tomar en broma á los protestantes. Lo primero de todo, les cazó en la protesta—firmada por tantos y tan ilustres escritores—un solecismo de los que aquí llamamos concordancias vizcainas, y se entretuvo un rato con él. Después les cogió en un *lapsus* histórico, y también se lo refregó por los hocicos. Y por último encargó que se archivase la protesta para colocarla en los escaparates de la Exposición, donde fuese solaz y asombro de los concurrentes. Nada más. La Torre siguió alzándose como por arte de magia, sin que se pudiese ver á los obreros, cual esos puentes de la Edad Media atribuidos al diablo.

Hoy el problema estético está resuelto, y en cuanto cabe, resuelto á favor de la Torre. Yo no sé si es verdad que su forma sea la única posible, la única que garantiza su seguridad y solidez; personas expertas lo afirman, diciendo que la hechura está en tan perfecta armonía con el objeto, que humanamente no cabe darle otra. El enemigo que había de combatir el constructor de la Torre, era el viento; y la forma y disposición del edificio es tal, que no parece sino que el huracán mismo, al embestir contra la Torre, la modeló, prolongándola y prestándole el aspecto de las gigantescas coníferas australianas, por ejemplo, las wellingtonias, que son verdaderas torres vegetales.

De día, la Torre tiene algo de rudimentario y tosco, que es como el boceto de una idea arquitectónica; y el chiste que ha rodado por la prensa, de la señora que para dar su opinión acerca de la Torre aguardaba á que quitasen el andamiaje, no carece de fundamento; unos la llaman *andamio*, y otros la califican con mayor irreverencia todavía, de *jaulón*. En cambio, de noche, las líneas se funden, la materia se unifica, y engalanada con orla de diamantes alrededor de cada arco de los que la soportan; ceñida en su primer plataforma con un cinturón de pedrería; coronada por su vaporoso faro tricolor, la Torre es la maga de la Exposición, la reina indiscutible del gran Certamen.

Una falta capital le encuentro á la Torre. Es muda; le falta el melodioso cántico que tanto

hermosea á las caladas agujas góticas; la estrofa de la campana. Esa lengua de bronce, consoladora de la tristeza, nuncio de esperanza, promesa de la eternidad, no resuena en la inmensa pirámide de hierro.... Repito que es muda, y por consiguiente, si no tuviese el reflector, diría que carece de alma. El reflector le presta—de noche tan sólo—una mirada dulce y serena.

El único ruido que se produce en la Torre, es el de la subida y bajada de los ascensores: rumor pavoroso, profundo, enteramente igual al del Océano en días de tormenta. Lo raro es que desde el ascensor y desde la Torre misma, no se oye poco ni mucho ese medroso bramido del aire, mientras desde abajo pone los pelos de punta, y de fijo más de una persona apocada se habrá abstenido de subir por el terror que infunde. En efecto, si al susto del ruido se añade la vista de la enorme caja, que al que se encuentra en tierra le parece chiquita, y que descendié cargada de seres humanos, colgada y desliziéndose en el aire á una altura de más de 100 metros, se comprende que algunos se persignen (yo lo he observado, bastantes de los que ascendían se persignaban) y que otros palidezcan cuando ponen el pie en el piso del ascensor.... donde en realidad no se corre el menor peligro.

Tan exactamente está calculada la resisten-

cia de la Torre, que ni un temblor de tierra la derrocaría. Si hubiese terremoto en París, la Torre sería el asilo más seguro. Encuéntrase preparada para no ceder á un huracán que soprase con uniformidad y ejerciendo una presión de 300 kilos por metro cuadrado — lo cual, más que huracán, sería ya una tromba desconocida en nuestras latitudes. — La presión de 78 kilos, la máxima que aquí se experimenta, no puede inclinar el copete de la Torre ni 15 centímetros. En esta Torre todo viene combinado de antemano y preestablecido; es casi una abstracción; ha vivido en la cabeza de un geómetra, ha sido álgebra antes de ser hierro. Cuarenta dibujantes y matemáticos trabajaron por espacio de dos años en estudiar las doce mil piezas distintas de que la Torre se compone, y que salieron de los talleres prontas para la colocación, sin error de un milímetro ni de un decigramo en la dimensión ni en el peso. Cada pieza necesitó su dibujo especial, y estos doce mil dibujos fueron calculados por logaritmos. A mí un cerebro humano de donde puede salir hecha y derecha esta Torre, como Minerva del de Jove augusto, me inspira admiración, pero admiración semejante á la que tributo á la maquinaria de esos relojes que señalan la hora de todos los meridianos, el mes, el año, el día, y tienen música repetición y cuerda perpetua.

**

Las raeduras y escorias del metal empleado para las doce mil piezas las adquirió Julio Jalluzot, dueño de los Almacenes del Printemps, y se gastó seiscientos mil francos en fabricar con esos materiales multitud de prensapapeles que venderá como pan bendito, de seguro. Sólo que ocurre con ellos lo que con las reliquias: si uno estuviese cierto de que todas son auténticas..... les rezaría con más devoción.

Los ascensores no producen el menor vértigo. La subida es tan mansa é insensible, que ni se nota: parece que es el Campo de Marte el que baja, mientras nosotros estamos quietos. El sistema de estos ascensores tan suaves está descrito en todas las Guías: no he de repetirlo. Lo que sí debo consignar — para que conste que la ingeniería no es infalible — es que en los ascensores no se permite que entren las 100 personas con que al principio se contaba para el sistema Combaluzier, ni las 50 del Otis. En realidad suben muchas menos; y consiste en que una vez se paró no sé cuál de las cajas, sin querer bajar ni subir, y desde este incidente se teme cualquier lance — aunque sólo sean los chillidos de una *miss* asustada — que bastarían para sembrar el pánico en la Exposición.

Como soy miope, no estimo en todo su valor el panorama que desde lo alto de la Torre se domina. Con decir que son treinta leguas del corazón de Francia, basta para que se forme idea de su extensión. Rambouillet, Etampes, Chantilly, Meaux, Melun, Fontainebleau, el curso del Sena, las verdes praderías y los ne-

gros bosques lejanos es lo único que se divisa desde la tercer plataforma. Cosa sorprendente: á semejante altura ya no se percibe la vida de París ni el movimiento del Campo de Marte, que tan activo y febril parece desde la primera. Así como del quinto piso de una casa no percibiríamos una horniga que se pasease por el arroyo, de la tercer plataforma no se puede apreciar un hombre ni un carruaje, y la enorme capital aparece desierta, inmóvil, petrificada, como esos pueblos prehistóricos que se encuentran en el fondo de los valles mejicanos.

*
*
*

A pesar de lo bien que se va en los ascensores, no falta quien les tenga, como dicen los portugueses, *seu bocado de respeito*, y se decida á la heroicidad de encaramarse por las escaleras arriba. Las escaleras no son lo que se llama incómodas, al menos hasta la primer plataforma: pero al encontrarse encerrado en aquella celosía de rojos travesaños, suspendida entre tierra y cielo, viendo abajo ensancharse el horizonte y crecer el Campo de Marte, y al lado descender con fantástica suavidad el ascensor, entra una angustia y un sudorcillo en la raíz del pelo que no me atrevo á llamar síncope, por más que he visto á una señora desmayarse de verdad al finalizar la subida, mareada por tanta línea y tanto palitroque como la rodeaban al trepar por la escalera. ¡Trescientos cincuenta peldaños por el aire!

Los valientes, los aficionados á lo extraordinario, los fanfarrones, los que todo quieren "verlo y que no se lo cuente nadie," apencan luego con la escalera de caracol que va del primero al segundo piso: trescientos ochenta peldaños: casi nada. Las piernas se les doblan; las caderas les duelen atrocemente; llevan la boca seca, el diafragma contraído; notan la sensación del vértigo; se les figura á cada instante que la Torre da vueltas, y que la escalera en vez de subir, gira y se hunde en el abismo..... y mareados, exhaustos, locos, llegan á la cima, juran que se han divertido mucho, y lamentan que para alcanzar la tercer plataforma no haya más remedio que tomar el ascensor!

*
*
*

—¿Y de qué sirve esa bendita Torre?— preguntan algunos, en un arranque de utilitarismo. — Ha costado la friolera de seis millones quinientos mil francos, y parece demasiado lujo para instalar unos cuantos restaurantes y cafés, montar un faro y dos proyectores eléctricos y tirar una edición del *Figaro* redactada por los cajistas.

A lo del coste de la Torre, se puede replicar que la Sociedad accionista ganará mucho dinero y el Gobierno se desquitará dentro de veinte años de la subvención y concesión de terreno, entrando en posesión del edificio. A nadie arruina, pues, la humorada científica de Eiffel, y á muchos obreros ha dado trabajo. En cuanto á

utilidad inmediata, general y verdadera, afirman los sabios que la tendrá muy grande, ayudando á esclarecer en astronomía la ley de las refracciones y las rayas telúricas; en química vegetal, la composición del aire y la influencia del ácido carbónico sobre las plantas á 300 metros de altura; en meteorología, infinidad de estados eléctricos, corrientes superiores y problemas higrométricos; en física, las desviaciones del cuerpo que cae, la electricidad atmosférica, los experimentos sobre la rotación de la tierra y otras mil cuestiones más ó menos importantes. Y sobre todo..... aquí es donde los franceses se hinchan de pescuezo y se encienden de cresta, ni más ni menos que el gallo de sus armas.....

“Telegrafía óptica. Con tres estaciones bien elegidas, estamos en la frontera.”

¡En esto paran los progresos de la ciencia y las pacíficas manifestaciones de la industria! ¡La Torre Eiffel instrumento de combate!

* * *

La verdad es que la Torre señalará una nueva é importante etapa para las construcciones de hierro, puentes, estaciones, viaductos aéreos y palacios. El hierro entrará como elemento poderoso á facilitar obras y empresas colosales.

No quisiera despedirme del férreo gigantazo sin soltar una cosa que me bulle en la punta de la pluma, y es, que con toda su estatura descomunal, la Torre está *muy baja*, ¡333 metros so-

bre el nivel del mar!; gran puñado son tres moscas. Rigurosamente hablando, cualquier campanario de Castilla mira por cima del hombro á la Torre Eiffel.

CARTA XVII

TRAPOS, MOÑOS Y PERENDENGUES

Paris, Julio 28.

YA estoy, ó cuando menos tengo obligación de estar, en mi elemento, puesto que voy á hablar de trapos y moños, conversación tan simpática para las mujeres, y en la cual, diga lo que quiera el profano vulgo, no sólo puede, sino que debe entrar una mediana dosis de sentimiento artístico, que es como la filosofía de estas frivolidades trascendentales.

* * *

A la verdad, me alegraría mucho de salir con color del empeño, por desmentir la mala fama que tenemos las escritoras en materias de gusto. En efecto: si el turbante de madama Staël ha pasado á la historia, y las botitas de doble suela y el tapabocas encarnado de Jorge Sand son ya únicamente un recuerdo típico del romanticismo, todavía asegura la gente que las señoras dadas al cultivo de las letras se llevan la palma en